

Al otro lado, de pie en el umbral, estaba Jerome Marcel.

Era exactamente lo que Lucía había imaginado cuando Emma le habló de él. Un hombre de alrededor de cincuenta y cinco años, de complexión esbelta y postura impecable, con ese aire de distinción que parecía innato en algunos franceses. Su cabello, entrecano y peinado hacia atrás, enmarcaba un rostro anguloso, con pómulos marcados y unos ojos azul grisáceo afilados y observadores. Una barba corta perfectamente recortada completaba un rostro maduro pero moderno.

Vestía completamente de negro. Con una camiseta de marca, pantalones vaqueros y zapatos de excelente calidad. Un par de pulseras de cuero y un reloj clásico grande y aparentemente carísimo completaban el look de alguien que no necesitaba esforzarse demasiado para proyectar carisma y seguridad.

A su lado, su asistente, una joven de unos treinta años con gafas de pasta negra y una tablet en la mano, esperaba en silencio junto a dos técnicos que transportaban equipo fotográfico.

Jerome sonrió con ese aire despreocupado que sólo tienen los que están acostumbrados a ser admirados.

— *Ah, mesdemoiselles... enfin, nos conocemos. Siento el retraso que hemos tenido, pero los enlaces de los vuelos eran demasiado ajustados y perdimos uno de ellos. Pero ya estamos aquí listos para empezar —dijo en inglés con un inconfundible acento francés, mientras recorría la habitación con la mirada, deteniéndose sólo un instante en cada una de ellas—. Emma, encantado de verte en persona. Y tú debes de ser Lucía.*

Lucía asintió, sintiéndose un poco pequeña bajo su escrutinio. Había algo en la manera en que la miraba... no con deseo, sino con curiosidad, como si estuviera evaluando su potencial.

Emma, en cambio, mantuvo su seguridad habitual y sonrió con ese toque de coquetería natural en ella.

— Es un placer, Jerome. - Soy una fan incondicional de tu trabajo.

Jerome rio suavemente y chasqueó los dedos a su asistente, quien le pasó la tablet de inmediato. Deslizó el dedo por la pantalla con la precisión de alguien que sabe exactamente lo que busca.

— Bien. Empecemos sin más rodeos. He estado estudiando su perfil, sus trabajos anteriores... —miró a Emma con aprobación—. Tienes un rostro magnético, una mezcla entre glamour y provocación. Lo sabía antes de venir, pero ahora lo confirmo. Eres modelo de fotografía. Puedes olvidarte de la pasarela. No das la talla.

Emma arqueó una ceja, impactada por aquella afirmación.

— Oh. No te ofendas preciosa —miró a Emma para explicarse—. Eres muy guapa. Podrías triunfar en este mundo si quisieras, pero eres demasiado baja y curvilínea para el walk. Eso no es nada malo. Si un jugador de baloncesto mide menos de un metro setenta, no juega de pivot, juega de base. Otro puesto, otras funciones. *Aucun problème*.

Jerome esbozó una media sonrisa y luego dirigió su atención a Lucía.

— Y tú... eres diferente. Más suave. Más natural. Pero hay algo en ti, un matiz... una tensión sutil que puede ser muy interesante si sabes jugarla bien.

Lucía sintió un leve escalofrío ante esas palabras.

— ¿Y en tu opinión, ella sirve para la pasarela? - preguntó Emma sin malicia en el tono.

Jerome repasó a Lucía de arriba abajo y contestó - *Certainement.* - le sostuvo la mirada un instante más y luego aplaudió dos veces mientras se ponía en pie de un salto.

— *Bien, bien. Vamos a preparar todo en la terraza. Quiero luz natural, quiero piel besada por el sol. Tengo dos ideas claras. El reportaje para el hotel, lo vamos a hacer a pleno sol. Los nuevos dueños quieren que se transmita la idea de que el clima es inmejorable. Quieren colores intensos, azules, verdes, blancos... Las pruebas de vestuario y las primeras tomas las haremos en unos minutos, pero creo que os pondréis bikinis blancos.*

Se giró hacia su equipo y dio unas instrucciones en francés antes de volverse a ellas con una sonrisa encantadora.

— *Confíen en mí, mesdemoiselles. Las haré parecer diosas griegas, pese a que son españolas. ¿no? - Jerome no paraba de hablar a gran velocidad y continuó dando instrucciones a su equipo. Después continuó con ellas - Para el reportaje en la isla, en cambio, vamos a esperar al anochecer y a mañana al amanecer. Les heares mágiques. Va a ser muy intenso. No tenemos tiempo.*

Jerome dio un par de pasos hacia atrás y entrecerró los ojos, observándolas con la precisión de un artista que visualiza su obra antes de ejecutarla. Luego chasqueó los dedos y su asistente se acercó de inmediato.

— *Quiero un look impactante —dijo en francés, y luego tradujo para ellas—. Nada de naturalidad ni dulzura. Quiero mujeres fatales. Ni una sonrisa. Estatuas de sal.*

Se giró hacia la maquilladora, una mujer joven y delgada, vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca de algodón.

— Los ojos, intensos, Claire. Ahumados, profundos, con tonos oscuros que resalten sus miradas. Quiero que cuando posen, atraviesen la lente.

La maquilladora asintió y sacó una paleta de sombras en tonos negros, grises y burdeos.

— Los labios, rojos. Pero no el rojo convencional. Debe ser oscuro, seductor. Algo entre vino tinto y sangre espesa.

Emma sonrió de lado, visiblemente encantada con la idea.

— Me gusta cómo suena eso.

Jerome le guiñó un ojo antes de volver a enfocarse en su visión.

— El pelo... nada de ondas suaves ni mechones sueltos. Las quiero como esculturas de mármol. La melena lisa, completamente engominada hacia atrás, como si acabaran de salir del agua y estuvieran listas para devorar el mundo.

La peluquera, que ya sostenía un frasco de gel entre las manos, sonrió con entusiasmo.

— Va a quedar espectacular.

Jean-Paul dio un paso atrás y las miró una vez más, asintiendo con satisfacción.

— Perfecto. Ahora... a trabajar. Quiero ver la transformación.

Mientras la maquilladora y la peluquera trabajaban en ellas, la asistente se acercó con un perchero donde colgaban varios bikinis de distintos cortes y texturas. Jerome caminó alrededor con las manos en la espalda, observando cada prenda como si estuviera seleccionando la pieza final de una obra maestra.

— Blanco. Sin duda blanco. Quiero que la piel resalte, que la luz se refleje sobre ellas. Quiero contrastes.

Se detuvo frente a Lucía y tomó un bikini de tela lisa, con un corte elegante pero mínimo. Era pequeño, aunque de líneas sofisticadas, pensado para insinuar sin caer en lo vulgar. Le entregó la parte superior y la inferior con una media sonrisa.

— Para ti, Lucía. Tienes un aire de sensualidad discreta, algo refinado, que no necesita exageraciones. Este modelo es perfecto para ti.

Lucía sostuvo el bikini en sus manos, aún sin saber cómo sentirse con todo esto. No era la primera vez que posaba en traje de baño, pero el ambiente era distinto. Tenía que reconocer que Jerome daba la sensación de ser un auténtico profesional.

Después se giró hacia Emma, la recorrió con la mirada y eligió un bikini diferente, también blanco, pero de diseño más estructurado. Era más envolvente en la parte superior, con un escote profundo pero lo suficientemente firme para su cuerpo exuberante. La parte inferior tenía un corte alto en las caderas, sensual, pero sin llegar a ser vulgar.

— Y para ti, Emma... algo que realce tu figura sin que se vuelva el único centro de atención. Eres poderosa, lo sé, pero quiero control en la imagen. Nada vulgar. Nada obvio.

Emma tomó el bikini con una sonrisa, claramente disfrutando de todo aquel proceso.

— Así que "poderosa" —repitió con diversión—. Me gusta cómo suena.

Jerome sonrió con aprobación y se giró hacia su equipo.

— Dadles espacio para que se cambien. En diez minutos quiero verlas listas. Y luego... comenzamos.

Mientras la maquilladora y la peluquera trabajaban para dejarlas perfectas, de acuerdo a las instrucciones del fotógrafo, las chicas podían ver al resto del equipo en la terraza.

Abrieron varios arcones plásticos muy robustos con cámaras profesionales y de alta resolución. Otro arcón estaba lleno de lentes de todo tipo. Jerome eligió cámaras y objetivos, y los dejó sobre una mesa, mientras comprobaba la evolución en la transformación de los modelos.

La asistente colocaba dos Reflectores y varios difusores para controlar la luz natural y evitar sombras excesivas.

La asistente se tumbó junto a la piscina para una primera prueba de iluminación y encuadre. Él se movía de un lado a otro y marcaba el suelo con una tiza.

Dentro de la habitación Lucía se quedó helada al ver la imagen de Emma. Cualquier rastro de vulgaridad había desaparecido. Era de una belleza absoluta. El bikini mostraba lo justo para que cualquiera pudiese intuir la intensidad de su cuerpo, pero sin hacerse evidente. Ella por su parte, también se sorprendió al mirarse al espejo. Estaba desconocida. Se vio elegante, escultural. Se giró para mirar de nuevo a Emma, que la miraba fijamente.

— *Alucinante —dijo sin apenas gesticular para no dañar el perfecto maquillaje. — Vamos allá.*

3

El sol del mediodía caía a plomo sobre la terraza, filtrándose entre las sombrillas blancas y reflejándose en la piscina de agua turquesa. La brisa del Egeo refrescaba ligeramente el calor. El ambiente estaba cargado de una tensión sutil, un magnetismo que Jerome supo aprovechar desde el primer disparo de su cámara.

Lucía y Emma estaban perfectamente transformadas. Con los ojos ahumados y los labios rojo oscuro, el cabello liso y engominado hacia atrás, parecían dos diosas modernas, inalcanzables y letales. El blanco de sus bikinis contrastaba con sus pieles doradas por el sol, y el fotógrafo no tardó en darles indicaciones precisas.

— Emma, recuéstate en la tumbona. Quiero que parezcas indolente, como si fueras la dueña del mundo. Desliza la mano por tu muslo, con lentitud, como si fuera un gesto natural. Espera, estira más la pierna, hasta que te duela...

Emma obedeció sin dudar, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras alargaba las piernas con una sensualidad calculada. Cada movimiento suyo era fluido, perfecto para la cámara. Jerome sonrió detrás del visor.

—Magnifique... sigue así.

Mientras disparaba una serie de fotos rápidas, se giró hacia Lucía.

—Lucía, de pie junto a la tumbona. Mira a Emma con detenimiento. Quiero que mires desde los pies a la cabeza. Eso es. Abre ligeramente la boca. Muérdete el labio... Eso es. Cruza las piernas. Bien. Ahora cambia y mira al horizonte. Bien. Entorna ligeramente los ojos.

Lucía obedecía. Su gesto era hierático, justo lo que pretendía Jerome. Emma transmitía algo parecido a la languidez.

- Acerca tu cara a la suya. Mirala fijamente. A los ojos. Quiero esa mirada más intensa. ¡Eso es! - Lucía se colocó junto al borde de la piscina, con la mirada baja y los labios entreabiertos. Jean-Paul captó el instante exacto en el que su expresión se volvía más intensa.

— Perfecto, perfecto... transmitís misterio. Y el misterio es irresistible.

De repente, un sonido interrumpió el ritmo de la sesión. La puerta de la habitación se abrió y dos figuras masculinas cruzaron el umbral.

Jerome bajó la cámara con un susurro en francés.

—Merde...

Emma y Lucía giraron la cabeza al mismo tiempo. Los recién llegados no eran parte del equipo. Eran dos hombres de unos treinta años y de aspecto bastante pijo. Vestidos con pantalones chinos y uno con camisa azul marino y el otro blanca. Jerome detuvo la sesión. Habló con su asistente y se acercó a hablar con los dos hombres. Enseguida les sonrió y estrechó sus manos y continuaron hablando unos minutos. Al cabo de ese tiempo, Jerome salió de nuevo a la terraza y se acercó a ellas. Los dos hombres se quedaron en el interior de la habitación.

— Chicas, son los dueños del hotel. Me han pedido asistir a la sesión. Han prometido no interferir. Les he dicho que, si a vosotras no os importa, por mi parte no hay problema, siempre que se queden en el dormitorio. No quiero a nadie por el medio en la terraza.

— Por nosotras, perfecto... - dijo Emma - No te importa ¿verdad, Lucía. Después de unos minutos, el fotógrafo decidió cambiar de escenario. Era sorprendente cómo se había esfumado parte de la química a causa de la interrupción. Tras unos inicios algo titubeantes, las modelos recuperaron otra vez la magia que Jerome había conseguido transmitir en las primeras fotografías.

— Ahora a la piscina. Quiero gotas de agua deslizándose por la piel, quiero que brillen.

La asistente se acercó a ellas con una toalla mojada en aceite corporal y comenzó a extenderlo cuidadosamente por sus cuerpos. - Es para que las gotas de agua hagan un efecto distinto en vuestra piel. Con la cámara de alta definición, se consigue un efecto magnífico. - Les explicó en inglés.

Emma entró primero, bajando los escalones con elegancia. El agua cubría su cuerpo lentamente, pegando la tela del bikini a su piel. Lucía la siguió, sintiendo el contraste del agua fría contra su piel caliente por el sol.

— Quiero que juguéis con la sensación del agua —dijo Jerome, moviéndose rápidamente alrededor de ellas—. Pasad las manos por el cuello, por los brazos, como si estuvieran disfrutando el momento. Miraos intensamente a los ojos. ¿De acuerdo? ¡Eso es! Laura, cómete a Emma con los ojos. Emma, mira su boca entreabierta como si te la quisieras comer. Emma lo hizo sin esfuerzo. Cerró los ojos y deslizó los dedos por su clavícula, inclinando la cabeza hacia atrás para dejar que el sol le besara el rostro. Lucía, se mojó los labios y miró hacia la cámara con intensidad.

Jerome capturó cada detalle: el brillo del agua sobre su piel, el contraste entre sus expresiones y la energía palpable entre ambas.

— Vamos a terminar con algo más... sensual —dijo Jerome. Ahora sentaos en el borde de la piscina mojadas, con el sol secándoos lentamente.

Lucía y Emma se movieron con naturalidad hasta el borde de la piscina, dejando que las gotas de agua resbalasen por sus cuerpos aceitosos. Emma apoyó los brazos atrás y arqueó la espalda con un aire provocador. Lucía apoyó su cabeza en uno de los muslos de su amiga.

— Vamos Lucía, necesito que te sueltes otra vez. Ponte a cuatro patas y mira a Emma como si fueses una fiera a punto de devorar a su presa. Saca los dientes. ¡Eso es! —dijo mientras ella ponía una expresión fiera e intensa.

El sonido de la cámara continuó unos minutos más, mientras ellas adoptaban las posturas y gestos que él les indicaba. Estaban cansadas. Llevaban más de dos horas en posturas tensas e incómodas tratando de parecer naturales. Jerome les dio un pequeño descanso. Entró en el dormitorio y conversó un par de minutos con los dos hombres que habían estado viendo la segunda parte de la sesión. Todos sonreían y hablaban

distendidamente. Jerome los acompañó a la puerta, y ellos se marcharon del dormitorio.

— Bien, para esta última serie, quiero que os quitéis la parte de arriba de vuestros bikinis. Por eso le he pedido al "público" que nos dejase cierta intimidad.

— ¿Desnudas? - se tensó Lucía. A su lado Emma sonreía con picardía.

— Tranquila Lucía, no pretendo mostrar nada. Solamente jugar con la insinuación. - Se acercó a ella y le dijo al oído: Yo te colocaré los brazos, el pelo..., no se te verá nada, Verás que el resultado te va a sorprender.

Lucía miró a Emma, sabiendo que no tendría el menor problema para hacerlo. Emma sin dudarlo se sacó la parte de arriba del bikini, siguiendo las instrucciones de Jerome. Tapaba sus pezones con los brazos y él le colocó el pelo de forma que tapase uno de ellos. Dejó la parte de arriba de forma muy evidente sobre la tumbona para que fuese evidente que no llevaba nada por arriba. Jerome pidió a Lucía que entrase en escena. Ella cogió aire, y finalmente se sacó el bikini. Jerome guiaba sus movimientos milimétricamente.

— Relájate Lucía. Estáis impresionantes. Quiero más tensión. ¡Esas miradas! Vamos chicas un último esfuerzo.

Cuando Jerome bajó la cámara y dio por terminada la sesión, el ambiente en la terraza cambió. La tensión fotográfica se disipó, pero quedó un rastro de electricidad en el aire. Emma se puso de pie con naturalidad y se colocó la parte superior del bikini sin apurarse, mientras que Lucía lo hizo con más discreción.

Jerome se giró hacia su equipo.

— Buen trabajo. Terminamos con esto. Vamos a relajarnos un rato y después iremos a ver las localizaciones que habéis visto para la sesión del atardecer. Descansad un par de horas y salimos.

Continúa leyendo...